



Textos de sala:

Pintura pintura

En 1926 Torres García se instala en París con su esposa y cuatro hijos, iniciando la que luego recordará como la etapa más feliz de su vida. El competitivo ambiente artístico lo estimula enormemente, y debe ganarse un lugar entre los grandes. Se propone hacerlo a pura pintura, y se entrega a una actividad frenética, haciendo lo que en ese entonces se llamaba *Pintura-pintura*, es decir pintura sin literatura; pintura directa, densa, sensual. 1928 será el año más prolífico de su trayectoria, y por primera vez en su vida de pintor Torres García puede mantener a su familia únicamente por la venta de sus cuadros, sin tener que dar clases o fabricar juguetes. En la pintura de los años 27, 28 y 29, justo antes de la creación del Universalismo Constructivo, la temática no importa pues es mero pretexto para realizar diversos abordajes al hecho plástico; abundan los bodegones, paisajes y diversos personajes reales o imaginarios, pero el protagonista siempre es la materia pictórica.

Hijos

El retrato de sus hijos, Torres García se permite realizar un buen ejercicio casi didáctico: a la vez que los rostros están pintados, en particular el de Olimpia, con un síntesis extraordinaria – con reminiscencias de los mejores logros de tema análogo de los grandes impresionistas–, esa síntesis representativa se integra y por lo tanto se dispersa como imagen en el juego de colores del damero del fondo.

Retratos de Nueva York

Al instalarse en Nueva York en 1920, Torres García se diversifica; además de fabricar sus juguetes, hace decorados para teatro, realiza estenciles, diseña afiches publicitarios y decora una iglesia. Y también se propone como retratista, realizando algunos autorretratos y retratos de amigos y familiares como muestra de sus destrezas en un lenguaje que no es precisamente el que más le interesa practicar, ya que en Torres hay una compleja relación de admiración y rechazo, de tentación y resistencia con lo que llama *la pintura de la luz* (pintura de la apariencia). Ese es el caso de los retratos de Manolita y de Augusto, pintados con gran habilidad en un oficio que podría ser considerado tradicional y que Torres García solamente se avino a mostrar en contadas oportunidades.

Juguetes.

En 1919 Torres García le escribe a su amigo Barradas que *lo que hacen los niños me interesa más que nada. Voy a meter toda mi pintura en los juguetes*. Los juguetes configuran a partir de entonces un laboratorio formal donde Torres García investiga soluciones plásticas que indagán sobre la descomposición de las formas de una manera que no violenta la integridad del objeto. Toda la obra de Torres ocurre en el equilibrio entre dos polos; de una parte la libertad creativa



y el juego, y por la otra, la búsqueda de una correspondencia entre la obra y principios de unidad y armonía con la totalidad.

Textos asociados:

“El arte es una tradición. La pintura no es el arte, es solo una rama de él, y fuera de la tradición: de Venecia hasta hoy.

Aquello que puede llamarse Pintura, arte naturalista, pero no imitativo, es también creación, pues realiza una síntesis: un equilibrio entre la emoción del pintor y la luz y el color. El objeto es un pretexto.

La vida no estará jamás en lo representado (que es otra vida: la real) sino en la armonía de los valores plásticos. En su función: vida de la plástica.

Tal rojo será un tomate, pero antes (para el pintor) será un rojo. Y será: tono, luz, forma y emoción, de una pieza y, antes que el tomate.

Si el espectador comienza por solo ver el tomate, no verá lo que constituye la esencia de la Pintura. (Hay que señalar aquí el inconveniente del arte naturalista, que desvía el interés del espectador hacia algo muy secundario en la plástica: la representación).

El mal pintor da valor a eso, como el público, y también a lo literario, a lo descriptivo, a lo sentimental, a lo dramático, a lo poético, a lo expresivo, a lo típico: cosas todas ajenas a la Pintura.

Y también da valor a algo que se deriva del vicio del pintor: el brochazo atrevido (que cree genial) y la exageración en los colores (falsa intensidad) las líneas nerviosas y movidas (prurito de elegancia) gruesos de color (debilidad que quiere ser fuerza). Total: desfachatez, desvergüenza, grosería, vulgaridad.

Todo eso sin comprender que la pintura (así como también el Arte, que la comprende en su gran curva) radica en cómo se representa, es decir que radica en los elementos plásticos, el tono, el color, la luz: la síntesis visual en equilibrio con la emoción del pintor.

Sin comprender esto tampoco pueden interpretarse los grandes maestros del segundo Renacimiento (los maestros propiamente de la pintura, no del arte) seis: Tintoretto, Veronés, Tiziano, el Greco, Velázquez, Goya.

Así modernamente se ha comprendido la Pintura (la pintura, “pintura”, la pintura a secas, sin alianzas con nada, pintura de pintor). La pintura imitativa no tiene que ver con esto.

En el buen pintor la luz es inseparable del tono (la luz no es el claroscuro, así como el tono no es el color) y el tono del color, y el color de la forma: todo se funde en rápida síntesis: una



Museo Torres García

creación. Y la verdadera luz del cuadro, no es la que se habrá imitado en él, sino otra muy distinta que emana de la profunda visión del tono y de su armonización, y que será la vida de la obra.